

Los elefantes del Kilimanjaro

Por Falso

6.

Jueves 5 de octubre. 2006

He pasado cada tarde a tomarme un café en El Acantilado. No siempre platicamos. Vale la pena estar cerca de Clara por si se anima a salir, cada tarde con ella es diferente. La he acompañado a tomar fotos a unos viveros, a conversar con los artesanos de Arrazola y a entrevistar a una señora que sólo habló de recetas. Iremos al zoológico cualquier día de esta semana. Pienso en ella todo el tiempo, me aprieta el estómago recordarla moverse con su cámara. En la noche, en el insomnio, la respiración de Ximena me dice: Clara, Clara. En la mañana, mientras leo *La Montaña Mágica*, cuando Hans Castorp piensa en Clawdia, yo pienso en Clara.

Ayer Ximena trató de abrazarme y me preguntó qué era lo que teníamos que hablar, me sorprendí al verme separándola de mi cuerpo. Después la imaginé encerrada en el cuarto, caminando de un lado para otro mientras yo tomo café y me veo en los ojos de otra mujer que no me garantiza nada, salvo su inminente desaparición. Busqué su cuerpo para abrazarla.

¿De qué se trata?, volvió a preguntarme. Le dije que no sabía si estaba haciendo lo correcto, si no era mejor volver al DF y olvidarnos de todo este asunto tan complejo. Regresémonos, anda, me respondió entusiasmada. No esperaba esa respuesta, así que me senté en la cama a mirar cómo se acercaba a mi cuerpo a medida que pensaba cada palabra.

¿No has escuchado helicópteros y avionetas? Si seguimos aquí puede ocurrirnos algo, Dustin, además te siento

distante, parece que la atmósfera nos está afectando, no sé lo que estás haciendo y eso me deprime.

Por un momento quise contradecirla. Después sentí alivio. Aunque mi confesión había sido sincera, ahora sabía que alargando mi indecisión, era probable que ella volviera sobre sus propios pasos.

Trato de vender el Pointer. Pase lo que pase, quiero asegurar los meses que se aproximan severos. Mi hermano se empeñó en acompañarme, según sus argumentos, para que no me hicieran pendejo. Siempre me ha visto vulnerable e indefenso. Como el empleo de nuestros padres era de tiempo completo, él me cuidaba toda la tarde. Tomando en cuenta que íbamos en la misma primaria, prácticamente es Javier quien me cuidó durante la infancia.

Llegamos al tianguis de autos a las ocho de la mañana. Aunque ya se presentía una asistencia mediocre, aparecen algunos despistados, gente que se entretiene preguntando precios. ¿Qué has hecho de nuevo en el terruño?, me pregunta Javier después de rascarse la nariz por una hora. Nada, le respondo, leer, comer, mirar sentado desde lejos, emborracharme. ¿A qué regresaste?, me pregunta sin verme. Ya veo venir sus palabras, empiezan a sudarme las manos.

-No entiendo para qué has vuelto, con lo que nos ha costado que estés en el DF. Sí yo hubiera podido estudiar en tu universidad, buscaría crecer en mi profesión en vez de complicarme la vida regresando a casa.

-Pues ya te dije, quiero escribir un reportaje, es una forma de crecer.

-No manches, ¿con qué autoridad puedes escribir si no has vivido aquí estos meses?

-No veo por qué no pueda-. Antes de terminar mi defensa, Javier sigue hablando con la mirada en el piso:

-Tú no has soportado ésta pinche presión, Dustin, ni el estrés del día a día. No has tenido que pelear con mamá, ni sentir la mirada inquisidora de tus vecinos, ni aguantar el tráfico absurdo en cada momento. No te has sentido traidor, ni borrego, ni iluso. No te has puesto nervioso cuando surge la conversación en la oficina. No has sostenido tu posición a pesar de que acaban de despedir a tu compañero o que la fonda en la que comías los lunes ha cerrado. No has estado en esta paranoia de no saber cómo ni dónde expresar tus pensamientos. Quizás discutes con Ximena, no lo dudo, pero no sabes cómo afecta en tu ánimo un conflicto así.

Se acerca una persona. Nos callamos. Sé que debo preguntarle si está interesado en mi coche, pero permanezco quieto. El hombre da una vuelta y luego se va. Mi hermano se mete en el Pointer. Me voy hacia el asiento del copiloto y cuando cierro la puerta, Javier continúa hablando.

-El día que quemaron un camión en CU, llegué a nuestra casa y mamá me recibió como si yo hubiera donado la gasolina. Decidí no provocarla y comer en silencio. Entonces papá comenzó a contarnos que acababan de sacar a Plutón del sistema solar. Aunque no supo traducir los argumentos de los científicos, se mostró indignado. Mamá no aguantó más. ¿A quién le importa tu chingado Plutón?, así dijo y luego me miró. Han convertido a la ciudad en un campo de batalla. Traté de explicarle que a quienes menos les conviene aparentar agresividad es a los mismo maestros, que era lógico que fuera un plan para desprestigiarlos. Ese día mamá estaba especialmente soberbia, como si hubiera logrado un triunfo y mientras yo elaboraba mi teoría, ella sonreía con altivez. Quise convencerla al menos de que hay muchos intereses

entrecruzados, de que no juzgara cada situación desde la superficie. No quería escucharme, perdí la paciencia y me fui. Para colmo, el tráfico estaba peor que nunca y a una calle de llegar a mi departamento, me topé con una barricada nueva. No supe qué hacer. Me rodearon, comenzaron a sacudir mi coche y a insultarme sin ninguna razón. Alguien al fondo me reconoció y calmó a todos. Salí del auto, saludé al vecino que me había ayudado y miré hacia la barricada. No sé de qué manera, pero en ese momento era yo su enemigo, al menos eso me decían sus miradas. Cuando entré en el departamento me aplasté en el sillón sin prender la televisión. No quería que aprovecharan mi reciente indignación para convencerme de que eran unos vándalos. Tengo amigos adentro y no puedo imaginarlos sacudiendo camionetas, nomás no. Me di cuenta que todo está muy distorsionado, nadie sabe muy bien qué ocurre. Al otro día, en una comida de la oficina, dije que el gobernador debía renunciar, que era la única forma pacífica de detener todo este absurdo. Los que no se rieron, me miraron como si les hubiera dicho que me había violado a unos de sus hijos. Recordé la sacudida que me habían dado dentro de mi auto y sentí ganas de vomitar. No has sentido esas náuseas, Dustin, eso te lo puedo asegurar.

Me quedo pensando en esa náusea. La única con la que podría compararla es con ésta que comienzo a sentir. Me siento un niño de nuevo y ya quiero que lleguen mis padres.

El día que entré a la primaria, fui a buscar a Javier a su salón para pasar juntos el recreo. Desde antes ya fantaseaba con nuestros juegos, imaginaba que la escuela sería una prolongación de nuestra casa. Pasé todo el recreo buscándolo. A medida que pasaron los minutos, empecé a sentir lágrimas en la garganta. Todos parecían felices, corrían de

un lado a otro, devoraban sus tortas, le chupaban al popote de su refresco en bolsita, y mientras, yo deambulaba como si estuviera ante el fin del mundo y no hubiera absolutamente nadie cerca. Cuando por fin lo encontré, estaba detrás de mí, riéndose. ¿Por qué lloras, tú?, me preguntó. A partir de ahí, parecía que su misión era decepcionarme. Nada de lo que yo imaginara, podría adolecer de su dosis de crueldad.

-¿Estás bien?, me pregunta.

-Sí, estoy bien, no sé en donde me vine a meter.

-Vámonos, hombre -me dice mientras arranca el Pointer-. No sé si te hayas dado cuenta, pero nadie va a comprar un coche hoy.

-No te desanimes hijo -me dice mi padre mientras entramos en el centro comercial-, tu hermano siempre ha tenido ese poder sobre ti. A mí me da mucho gusto que hayas regresado y que pongas tu empeño en un proyecto personal.

-Bueno, no sé. Ximena se quiere regresar.

Avanzamos hacia el área de carnes. Entre el aire de los refrigeradores, el olor a pescado y la baja intensidad de las luces, la cabeza comienza a pesarme.

-Es comprensible, ¿no crees? ¿Qué piensas hacer?

-Sí, la comprendo. Cuando aparecieron mis ganas por venir, me sentí obligado a pedírselo. Ni siquiera lo pensó, en un segundo ella también estaba modificando su futuro inmediato. Hoy en la mañana la sentí aliviada cuando le dije que no sabía si seguir enfrascado en el reportaje. Eso me hace suponer que desde un inicio no quería acompañarme, creo que también se sintió obligada a seguirme.

Mi padre toma dos paquetes de medio kilo de tasajo. La carne se ve amoratada. Entrecierra los ojos para ver los precios. Escoge el de la derecha.

-Ahora vamos por verduras -me dice-. Creo que Ximena tiene miedo. Escucha los aviones y en la televisión se dice que hay militares que avanzan hacia acá. ¿Tú no tendrías miedo si no fuera esta tu ciudad?

-Sí. Claro, yo ya me hubiera largado.

-Yo también quisiera irme. Ya estoy muy cansado. Parece que estamos en un callejón sin salida y alguien se entretiene mirándonos buscar una.

Arranca una bolsa y empieza a echarle chiles.

-Yo no sé por qué a tu hermano le fascina ir a comer a la casa si sólo es para provocar a tu madre. Empiezan con cualquier detalle y siempre termina echándole en cara un supuesto abandono en su infancia. Se ponen en posturas tan lejanas, que cualquier matiz que sugiero les parece una concesión frente a la otra parte. Eso me tiene muy tenso. Me dan ganas de prohibirle la entrada.

Arranca otra bolsa. Tantea cada tomate que echa mientras habla.

-Una de las razones por las que he soportado a tu madre todos estos años, es porque no me gusta la confrontación. Ahora hemos tenido fricciones por mi actitud ante la gente. De alguna manera ellos también están hartos. Trato de ayudarles, me duele que estén en las barricadas toda la noche, les llevo comida o colchas y tu madre se molesta. Yo lo único que quiero es abrir los ojos y darme cuenta de que el episodio ha terminado.

Avanzamos hacia la caja.

-Pero eso no quiere decir que tú tienes que ser así. No te regreses al DF sólo por temor a confrontar a Ximena. Toma

tus decisiones. Si ella decide volver no quiere decir que tú tengas que abandonar tu reportaje. No tiene por qué haber un villano. Estoy un poco harto de discutir sobre buenos y malos.

Al llegar a la fila nos quedamos callados. Menos de cinco productos. Pienso en lo que ha dicho. Quiero quedarme en la ciudad, por lo menos comienzo a conocer a mi familia. No recuerdo a mi madre de la misma forma que mi hermano, pero es cierto que mi padre estuvo más involucrado en nuestro crecimiento. Me llega una imagen de niño: Estamos en la sala comiendo pizza fría, en la televisión hablan de la caída del muro de Berlín. Mi papá da mordiscos cada vez más ansiosos, no le despega la vista a la pantalla. Mi mirada se atraviesa con la de Javier, sus mejillas están manchadas de Chocomilk. Se nos hace tarde, es viernes, son las ocho de la mañana, no sé dónde está mi madre y no encuentro mi zapato derecho. Javier lo encuentra debajo de mi cama.

Ya se tardó la fila, me dice mi padre. Me asomo y en la caja una señora discute porque su tarjeta no pasa. La gente detrás de nosotros comienza a protestar con muecas y chasquidos. Se siente la misma tensión de las calles. La fila nueve tiene solamente dos carros repletos formados. Las protestas crecen, comienzan a mover su cuerpo de un lado para otro. Vocean al gerente desde la caja. La señora detrás de nosotros se cambia a la fila nueve. Siento un impulso de seguirla, volteo a ver a mi padre y él sigue con la mirada en nuestra caja. Llega el gerente, parece preguntar qué sucede, toma la tarjeta, la frota en su saco y se la devuelve a la cajera. Otras dos personas detrás de nosotros se cambian de fila cuando uno de los carritos repletos ha terminado de pagar. Dos personas delante de nosotros, inician también su desertión.

-Me voy a cambiar de fila -le digo.

-No, hombre, ya pasó la tarjeta, mira.

Vuelve el ritmo constante de la fila. Mientras mi padre saca un refresco de dos litros del refrigerador a un lado de la caja, la señora detrás de nosotros ya ha pagado. Veo cómo avanza hacia la salida.

Después de dar una docena de vueltas, hemos parado en el mirador. No hemos querido volver tan rápido a casa. Vemos el centro entero, la cantera mojada por la lluvia, la iglesia de Santo Domingo. Podríamos estar en cualquier ciudad. El aire frío apaga mi voz y humedece mis párpados.

-Ustedes dos nos salieron muy raros. Tú siempre fuiste muy mentiroso, era difícil distinguir entre la realidad y tus locuras. Javier siempre le ha temido a la imaginación, controla ese impulso como si supiera algo que tú no sabes. También por eso tiene un interruptor en ti, cuando quiere apagarte, de plano, te apaga.

-Lo raro de ti -sigue diciendo mi padre-, es que cumplías lo que imaginabas. Tanto creías tus mentiras que de pronto nos asombrabas realizándolas.

-Ya no son así las cosas. Ahora me da pena confesar lo que imagino.

-¿Qué imaginas?, quizás te da miedo.

-Imagino que estoy con otra mujer, que Ximena vuelve al DF. No sé cómo se me hace tan lejano ese Dustin del que me hablas, no sé cuándo dejé de mentirme. Sin imaginar una vida con Ximena, ya vivía en mi casa, comía el jamón en mi refrigerador. Sin imaginar que sería periodista, ya estaba terminando la carrera de Ciencias de la Comunicación, aceptando cualquier empleo ante el temor del fracaso. Sin

imaginar que tendría un auto, ya debía veinticuatro mensualidades.

-Yo creo que deberías retomar tu imaginación.

-¿Debería desaparecer a Ximena?

-No, hijo, pero deberías ser honesto con ella y con tus sentimientos.

Nos callamos.

-En fin, dice después de un rato, tu hermano no deja de estar solo y ahora, cuando creíamos que ya estabas apunto de volvernos abuelos, me sales con que no estás contento.

-Pero no es algo de ahora. Pensar en otra persona me ha hecho ver que desde hace mucho tiempo no estoy a gusto con Ximena. Tampoco ella está feliz, ya desde hace rato estamos atados por remordimientos. Ya no me cae bien el Dustin de Ximena, quiero conocer a uno nuevo.

Volvemos al auto. Al encenderlo, me dice: Si quieres imaginar algo, imagina que amo a tu madre y que deseo morir a su lado. Arranca. Se supone que salimos para que yo le contara cómo me sentía, pero me doy cuenta que quien realmente necesitaba hablar era él.

-¿Qué piensas?, me pregunta.

-En nada, en que Ximena me espera.

En realidad estoy pensando en él. No seas como yo, me dijo hace rato. Pero entonces no sé que soy. Si somos lo que recordamos, soy televisión. Aunque poco a poco, mientras avanzan estos días y los recuerdos me abordan, vuelvo a ser Dustin.

7.

Martes 10 de octubre. 2006

Nado en el gran océano. Mis brazadas permiten mi avance con fluidez. El agua es densísima. No llevo prisa, así que disfruto mi nado. A cada brazada un tanto vuelve a mi camino, de manera que mi avance no es claro, podría estar nadando en círculos. Trato de voltear hacia atrás y me doy cuenta que soy una tortuga. Me detengo, elefantes arriba de mí se tambalean. Quiero volver a las brazadas, pero parece que no soy el único que posee este cuerpo, presiento que debo convencer a cada músculo.

Abro los ojos y Ximena me ve asustada. Roncaste como dragón, me dice mientras trato de asimilar el sol que se atraviesa por las cortinas. No puedo con tanta luz que entra molesta, ni cerrando los ojos.

Estamos en el zoológico. A lo lejos, detrás de una cerca, miro cómo avanzan las jirafas hacia ninguna parte. Su panorama es seco. Me aterrorizan los animales grandes, si alguien quisiera torturarme, tendría que saber eso. Quizás encerrarme en medio de jirafas, indefensas pero enormes, eso me haría confesarme culpable.

Clara, en pescadores negros y playera blanca, continúa el camino sin mirar.

La alcanzo en la jaula de los jaguares. Mientras ella los enfoca y se emociona con los encuadres, yo me entretengo con un jaguar que se mosquea en el sueño. Me doy cuenta que es la primera vez que veo un jaguar fuera de la pantalla. Sonrío. Voltea a verme y recarga su cabeza en su garra izquierda. Me fija la mirada como si reconociera algo, se

incorpora con sutileza, levanta su joroba, comienza a dar pasos hacia mí.

-¿Qué te traes? -me dice Clara tras sus gafas oscuras-
¿Te gustó venir al zoológico?

-Estoy asombrado. Ver a un jaguar desplazarse es como visitar una ciudad nueva, no sé si me entiendas.

-A mí también me pasa. Hace poco estuve en Chapultepec. Me entretuve una hora viendo cómo caminaba un oso panda, ¿puedes creerlo? Me pregunté qué pasaba por su mente, si recordaba su hábitat.

-Quizás nació en cautiverio.

-Eso no significa que no pueda recordar su hábitat. Dicen que los elefantes tienen en su memoria sequías que padecieron antepasados muy lejanos.

Caminamos hacia la tienda.

-¿Tú crees que los humanos tenemos buena memoria también?

-Sabía que me ibas a preguntar eso. En este momento no, la conjura es contra la memoria. La humanidad tiene sepultada su infancia. Vive en lo que ve ahora y así actúa, aún cuando en el fondo sabe lo que le espera.

Mientras ella va al baño, me detengo en la tienda, pido una coca cola y un agua embotellada para ella. Cuando vuelve, me dice: detesto que me vendan el agua. Detestas muchas cosas, le recrimino. Ay, sí, tienes razón, debo dejar de decirte todo, pensarás que soy una loca. ¿Por qué siempre traes gafas oscuras? Se le pliega sutilmente una sonrisa. Comienza a fascinarme casi cada movimiento de su cuerpo. Nos quedamos callados un rato, viéndonos a los ojos. Sé que me

habla por dentro, pero no alcanzo a descifrar el significado. Quiero besarla.

-Oye, ahora que dices lo de los elefantes, soñé que nadaba por un vasto océano y, al enterarme que era una tortuga, me detenía, creo que por miedo. En fin, al frenarme, sobre mí unos elefantes se tambaleaban.

-¿Y seguiste nadando? -pregunta interesada.

-No, claro que no, me espanté y desperté, el sonido era demasiado real.

-¿Cómo crees?

-Así, es la verdad.

-Te voy a decir qué creo. Algo dentro de ti te está susurrando y tú, en vez de escuchar, te detienes sin tratar de entender. No te espantes Dustin, no te detengas. Debes avanzar, esos elefantes son tu memoria, sostienen tu mundo.

Al terminar de decirlo, me guiña su ojo izquierdo. La verdad es que me parece espeluznante lo que me dice, sin embargo, al ver la sonrisa que le ha surgido después de mi relato, decido darle la razón.

-Eso haré entonces, si vuelvo a soñarme así.

-No, Dustin, el sueño es material simbólico, donde debes de avanzar es en la vida. Te lo decía la otra vez, déjate llevar, ponle fin a lo que te contiene.

-No sé ni quién soy, apenas tengo recuerdos sueltos, siento que mi memoria está atrofiada.

-Es posible. Te voy a proponer algo como una amiga que se aparece en tu vida sin motivo, es muy grande, pero no te lo tomes muy en serio, te lo diré: ¿quieres venir conmigo a Lisboa?

-¿Cómo?

Escucho latir mi corazón. Quiere salir.

-Si no te emociona no me acompañes, si te emociona hazlo sin pensarlo, ¿te parece? Es sólo la primera estación de un viaje que se me ocurre que podría ayudarte.

-Pero estás comprometida en Lisboa.

-Por una vez en la vida, hazlo sin pensar en tus beneficios inmediatos. Sígueme por que sí, no para cogermme. Piensa en la propuesta como si fuera una inversión, no un viaje conmigo. ¿Qué dices?

-Una inversión de qué.

-No te prometo nada. Sólo que tu memoria estará a salvo.

Nos quedamos callados. Acerco mi cabeza a la suya, la tomo de la cintura, poso mis labios sobre los suyos. Siento su tibieza y la textura, como hace diez años, todavía parece de crema. Ella se echa para atrás.

-Bueno, Dustin, me parece que ha sido una visita muy productiva al zoológico, en serio. No me esperaba este final. Yo, pidiéndote que me acompañes a Lisboa, ¿en cuál cabeza cabe? Lo raro es que Rogerio estará feliz, lo presiento.

8.

Domingo 15 de octubre. 2006

-¿Tú cómo lo interpretas? -le pregunto a Lepe que acaba de volver de su luna de miel. Estamos en un balcón de su casa con una cerveza en la mano, debajo de nosotros un parque vacío. Está atardeciendo.

-Pues está raro eso de citarse con alguien en el zoológico -entra Lepe en la conversación-, aún así me parece un calzonazo bravo eso de pedirte que la acompañes a su viaje.

-¿Y su novio lisboeta?

-Tal vez ni exista. Tú ve, Dustin, ella te lo está proponiendo. Recuerda eso que te dijo de borrar los prejuicios, en el peor de los casos te está invitando a un trío. Puedes probarlo.

-No sé, siento que sería una forma de fugarme, me sentiría cobarde.

-Carajo, ¿qué daría yo para que alguien me propusiera lo que a ti? Tienes que pensar en nosotros los casados.

-¿Y Ximena?

-¿Qué hay con ella?

-Hay algo muy fuerte que nos ata.

-Véndeme el Pointer y lárgate.

-No se trata del auto, es algo más profundo. Parece la ocasión ideal para desprendernos de todo lo que nos tiene anquilosados.

-¿La vas a ver hoy?

-Sí, voy para el cuarto.

-Hablo de Clara.

-No, se fue a Chiapas a tomar fotografías y a conseguir recuerdos, según sus palabras.

Es domingo, son las siete de la tarde y siento que se pierde el tiempo. No he dormido mucho. Debajo de nosotros, cuatro chavos levantan sus tambores africanos. Los tocan a discreción. A medida que aumentan su intensidad, absorben nuestra atención y una docena de personas se acercan a escucharles. Dos mujeres brincan y agitan las melenas, estiran los brazos al ritmo del eco de los tambores. Me concentro en la danza. Entiendo que el momento es efímero y como tal lo disfruto. Me relajo al punto de sentir blanda la garganta. La danza se intensifica y el tambor crece. Los cuerpos se concentran en sí mismos. El sonido se escucha a sí mismo. El tiempo me contempla. Me siento. Alguien se atraviesa en mi visión. Un tipo con playera del América y mochila de los Lakers, graba el baile con un teléfono celular. Les apunta como si fuera un arma. Sólo que no quiere matarlos, quiere registrarlos para siempre en su artilugio.

Volteo a ver a Lepe y tiene los ojos cerrados. Comienza a roncar.

Chingada madre, me grita Ximena al verme atravesar la puerta, ¿no te das cuenta de lo que está sucediendo? Se escuchan balazos, se siente la presencia de la policía y las ganas de no dejarla pasar. Pareciera que tú estás en una fantasía, vas de aquí para allá sonriendo, atraviesas barricadas, marchas, sin ver el infierno en el que me has metido a mí, a tu mujer. Ayer hubo balazos a diez cuadras. ¿No sientes cómo avanzamos hacia un choque? ¿Quieres que te deje en esta mierda?

Tengo un sueño terrible. Ella se da cuenta y deja de gritarme. Me aplasto en la cama y, detrás de mí, cae encima. Me besa el cuello. Con las manos me frota la cabeza.

-Dime, ¿qué traes acá?, regresémonos ya, anda.

Quisiera decirle que estoy apunto de tomar una decisión rara, una vida en la que ella no está contemplada. No sé si es la pereza o la borrachera, pero me suelto a llorar. Ella se asusta, voltea mi cuerpo entero y me besa los labios, sabemos a lágrimas. Desde hace un par de años que sabemos a lo mismo. Estoy borracho. El sueño me acorrala, ansío escuchar mis ronquidos, los más altos y graves de todos. Quiero roncar tan arriba para callar este grito que aparece en el fondo de mi estómago. Quiero roncar.

Despierto. ¿Cómo puedo estar pensando en deshacerme de Ximena? ¿Qué chingados es eso de irme a Lisboa a ver cómo una mujer se casa con otro? Clara dijo que lo hiciera sólo si estaba seguro de sentir el deseo de seguirla. No estoy seguro. Ximena se me acerca recién bañada. Me mira de cerca, como si fuera un extraño. Huele a jabón.

-Perdón por las cosas que te dije cuando llegaste. Es que ya no aguanto más, quiero irme.

-No te preocupes, no lo recuerdo.